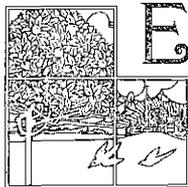




El Enviado divino



ES en una antigua y rica ciudad, a la orilla de un mar cerúleo; en una ciudad extraña donde, entre los obeliscos y las fuentes, muévense y retumban las máquinas.

Desde una gran terraza de mármol, el poeta Azahel contempla el hormiguero de velas ambiciosas que hay en el puerto; durante el crepúsculo feliz y bajo el cielo vibrante de vuelos de golondrinas, medita en la inutilidad de las horas.

Pero sabe que en esta ciudad, donde viven eruditos, sabios y doctores de la Ley, sólo él ha conocido la debilidad de la Razón y piensa, en los hombres que, a través de las edades, llevan como un precioso y delicado relicario, el ridículo sentido común; y se glorifica interiormente por haberlo desdenado.

Entre la multitud del puerto aparece un extranjero sencillamente vestido. Lleva un manto de lana. Sus ojos, como gemas antiguas, parecen guardar recuerdos de visiones primordiales. Las sandalias tiemblan respetuosamente bajo sus pies.

Azahel desciende en medio de la multitud, a tiempo que el extranjero ha levantado las manos al cielo y exclama con voz igual a la de los clarines en los templos:

¡Hombres! Soy un profeta de Dios. He venido para haceros oír la Palabra; los que queráis seguirme, iréis caminando sobre las olas del mar hacia la verdadera Tierra Prometida.

Dentro la multitud se levanta un rumor de contrariedad. Los jóvenes, después de haber mirado

alternativamente al profeta y al cielo, se van con paso negligente. Los eruditos observan en silencio, y los mercaderes, mirando una vez más sus buenos navíos anclados en el puerto pacífico, se alejan encogiéndose de hombros. Solamente un doctor de la Ley ha dicho al profeta sonriendo:

—*Maestro, si eres el Enviado de Dios, dadnos alguna muestra de ello. ¿No podríais, según el rito de los profetas, curar a los mudos y a los ciegos?*

Hay en el puerto un ciego y un mudo. El profeta impone sus manos sobre ambas frentes; el ciego abre los ojos y el mudo habla con voz clara. Entonces pregunta el profeta:

¿Es ésta una señal suficiente, y queréis seguirme?

La muchedumbre permaneció inmóvil, el ciego menea la cabeza, y el mudo con voz nueva dice: *¡No creo!*

Por esto el extranjero, confiado, extiende su diestra hacia el horizonte ya lleno de sombra, y repite las palabras del Génesis:

¡Que la luz sea!

Y he aquí que en Oriente refulge una aurora primaveral.

Inquietos los doctores de la Ley se aproximan a los sabios. No hay un hombre que se llegue al profeta.

Entonces, con una tristeza de ángel vencido, el extranjero se aleja y va a sentarse sobre las gradas de un antiguo templo, ante las puertas cerradas hace miles de años. La multitud poco a poco se dispersa, los sabios y los doctores abandonan el puerto, y cuando vuelven a él se sienten menos atribulados porque la noche natural ha vuelto. Sólo Azahel ha permanecido cerca del templo cerrado y contempla al hombre de más allá. ¿Si fuera en verdad el profeta? ¡Ah! ¡Reconocerlo, saludarlo, seguirlo a la tierra prometida!... Pero el espíritu de Azahel se oscurece con ideas terrestres, y puede solamente pensar en que este hombre es muy bello por su figura gallarda y por su miradas de dios.

De repente el extranjero se levanta y va hacia el poeta Azahel:

—*Has amado una virgen que ha muerto y voy a devolvértela.*

Inmediatamente, vestida con el traje fúnebre y saliendo rosada de entre la muerte; como de entre la frescura de un mar matinal, aparece una mujer joven, risueña; y olvidada de las cosas divinas de la tumba, tiende sus brazos al amado; pero éste, lleno

de terror, huye por las calles silenciosas, por entre las fuentes, los obeliscos y los simulacros de los dioses olvida los; huye ofuscado por el milagro como un pájaro nocturno al que espantan las llamas; sólo cuando ha vuelto á la apacible terraza de mármol, se atreve a mirar hacia el puerto lleno de prodigios.

En ese momento brilla en el Oriente una luz misteriosa. Sobre el océano en calma el gran viejo bíblico pasa tranquilamente, y los reflejos de las estrellas en el agua dejan en su ruta una doble fila de diamantes. Azahel quisiera levantarse é irse también sobre las aguas milagrosas; pero se siente tan pesado de razón que no puede ni aun levantar sus manos hacia el enviado que se va.

EPHRAÍM MIKHAEL.



El gladiador

(Idea de Byron)

CUANDO sintió clavarse en su desnudo pecho la corta espada de su hermano de esclavitud, el gladiador germano la fiera lidia continuar no pudo.

Cayó—embrazado el refulgente escudo— con un grave rumor. Alzarse en vano aun quiso, con esfuerzo soberano: tal era de impetuoso y de membrudo.

Se desangraba en la feroz palestra pensando en su cabaña y su consorte.
Iba a morir. De pronto, una siniestra

visión tuvo en confusa lontananza.
¡Las hordas de los bárbaros del Norte
ululando clamores de venganza!

JUAN RAMÓN MOLINA.

La canción de la Muerte

(Versión de Armando Vascour)

Fragmentos

Loado sea el insondable universo.
Por la vida y la alegría que nos brinda, por los ob-
jetos, y la ciencia de ellos.
Y por el amor — ¡el delicioso amor!—
¡Loada seas, loada, loada oh Muerte, y el frío y
seguro abrazo de tus manos!
Sombria madre que te deslizas a nuestra vera con
apagados pasos,
¡nadie te ha cantado todavía un canto de entusiasta
bienvenida?
Si es así, déjame que te glorifique sobre todas las
cosas;
que te ofrezca un canto para decirte que cuando
vengas lo hagas sin desfallecer.

.....

De mí a tí revuelan gozosas serenatas,
propongo danzas para festejarte, empavesamientos
y fiestas en tu honor; ~
para tí los espectáculos al aire libre bajo los plenos
cielos,
la vida y las campiñas, y la enorme noche llena de
recogimientos,
la noche silenciosa bajo las palpitantes estrellas,
las costas oceánicas y las ondas de murmullos con-
fidenciales, como los que arrullaran mi niñez.
Y el alma que se vuelve hacia tí ¡oh Muerte! bus-
cando tus labios
bajo los velos de tu crespón,
y el cuerpo, que se estrecha, reconocido contra tí.

Por encima de los susurrantes bosques elevo mi
canción,
Por encima de las ondas que suben y bajan, por
encima de los campos y de las praderas inmensas,
Por encima de todas las ciudades compactas y
amontonadas,
Por encima de los puertos y de las avenidas hor-
migüeantes,
¡Elevo esta canción hacia tí, oh Muerte!
¡Con alegría! ¡Con alegría!

WALT WHITMAN.

Alma prócer

ALMA prócer, de oro y de hierro, impasible ante el dolor, serena ante la muerte! ¡Para tí el soplo trágico, la épica trompeta homérica, el ronco retumbar de los formidables truenos wagnerianos! ¡Para tí el apóstrofe rutilante, la voz del huracán y el olímpico vuelo de las águilas!

Grande por el sacrificio y por la generosa aspiración de libertad, ascendiste á la cumbre coronada de relámpagos. Y el triunfo supremo no alteró tu grave pensamiento, ni el aplauso de las multitudes ignaras conmovió tu espíritu, firme y luminoso como el diamante.

Ni el sonoro vendaval de la victoria, ni los frios vientos del negro infortunio pudieron hacer vacilar tu figura patricia, impávida y hermosa como la de las antiguas estatuas griegas. Y vas marchando al porvenir, empujado por tu singular destino; hacia las cúspides supremas que conocen el rayo y el rumor de los laureles y el áspero grito de los condores.

¡Salve, joven héroe del casco de bronce, de la espada insigné, del espolín de plata! Fulge la sacra virtud en tu corazón y la viril audacia en tus ojos llameantes, acostumbrados a mirar de frente al sol. Tu palabra resuena como un clarín de oro, y tu férreo guantelete es el martillo de Vulcano cuando cae sobre el enemigo en la candente arena del combate. ¡Pero tu alma es una ánfora de piedad y de perdón para el vencido!

Para tí el homenaje de los hombres íntegros, la sonrisa de las hermosas y el amor de tu Patria. ¡Porque simbolizas un ideal excelso y en la acción eres grande por la justicia y por el sublime amor a la verdad!

¡Salud, magnánimo varón, que sólo he visto en sueños!

FROYLÁN TURCIOS.



El billete doux

EL dulce billete promete
alguna novela ejemplar . . .
Lo que dice el dulce billete
no es difícil de calcular.

Dice: *Señora* . . . La lectora
sonríe un poco, y bien se vé,
cómo es ella de encantadora
del rizo loco al lindo pie.

El escaipín se crispa un poco,
turba el fichú vago ademán,
y pasa bajo el rizo loco
la nubecilla de un afán.

Dice el billete . . . ¡Con que lista
fogosidad, se ha absorto en él!
¡No fije usted tanto la vista
que puede quemarse el papel.

Es lástima que esos antojos
de algún amorcillo gandul,
impidan ver en tales ojos
la pasión negra o la fe azul.

La pasión . . . ¡Cuidado con ella!
Que envejece y arruga (sic)
y en cuanto a la fe, simple estrella
no se lleva. ¡Es tan poco chic!

Así, pues, en la breve intriga,
dejemos lo que no se vé,
y contentémonos, amiga,
con el *Institut de Beauté*.

En la mejilla impera el arte
del lunarillo internacional,
que es donde harán punto y aparte
los besos del corresponsal.

Lunar que con toda falsía
descenderá en el quid pro quo
de algun error de ortografía
hasta el labio que aún dice no.

¡Qué bien ríe! ¡Qué bien puesto
el fino toque de carmín
de su boca! ¡Pero, á todo esto
qué decía el billete al fin?

¡Oh, yo bien sé si es una cita
o alguna otra amable merced,
más la discreción, señorita,
me prohíbe decirlo a usted!

Aunque, filósofo importuno,
y respetando su candor,
sé que ya usted conoce alguno
como ese... o quizá mejor.

LEOPOLDO LUGONES.



Frases profundas

*Memorias de MARCIAL, compuestas
en francés con arreglo al texto de sus
epigramas, por JULIO JANÍN.*

ALvate en vida se le escatima la gloria. Me he preguntado muchas veces por qué motivo suelen ser tan injustos los contemporáneos de un hombre ilustre al apreciar sus méritos. Es la envidia —me he dicho— la envidia que no reconoce sino los talentos que segara la muerte. Por una antigua costumbre preferimos a las construcciones modernas los restos de los pórticos pompeyanos y el templo en ruinas de Cátulo. Viviendo Virgilio, Roma leía aun los versos del arcaico Ennio; el siglo de Homero hacía apenas limosna al sublime anciano; Menandro, honor de la escena, no halló en su patria sino injusto desvío, viéndose obscurecido por su colega Filemón; el encantador Ovidio, en vida, no fué reconocido como un gran poeta sino por el prestigio de Corina, su amante; y yo, falto siempre de gloria, no obstante mi relativo renombre, escribo las presentes páginas para el día en que no tenga necesidad de lauro.

La estancia gótica

(Traducción de
Ricardo Baeza)

*Nox et solitudo pleue
sunt diabola*

Los padres de la Iglesia.

*Por la noche, mi estancia
se llena de diablos.*

¡Oh, la tierra -murmuré a la noche, —es un cáliz embalsamado cuyos pistilo y estambres son la luna y las estrellas!

Y, los ojos cargados de sueño, cerré la ventana que incrustó la cruz del calvario, negra en la aurora amarilla de los inviernos.

Todavía, si a las doce - ¡horá denigrada de dragones y diablos! —no fuese más que el gnomo que se embriaga con el aceite de mi lámpara.

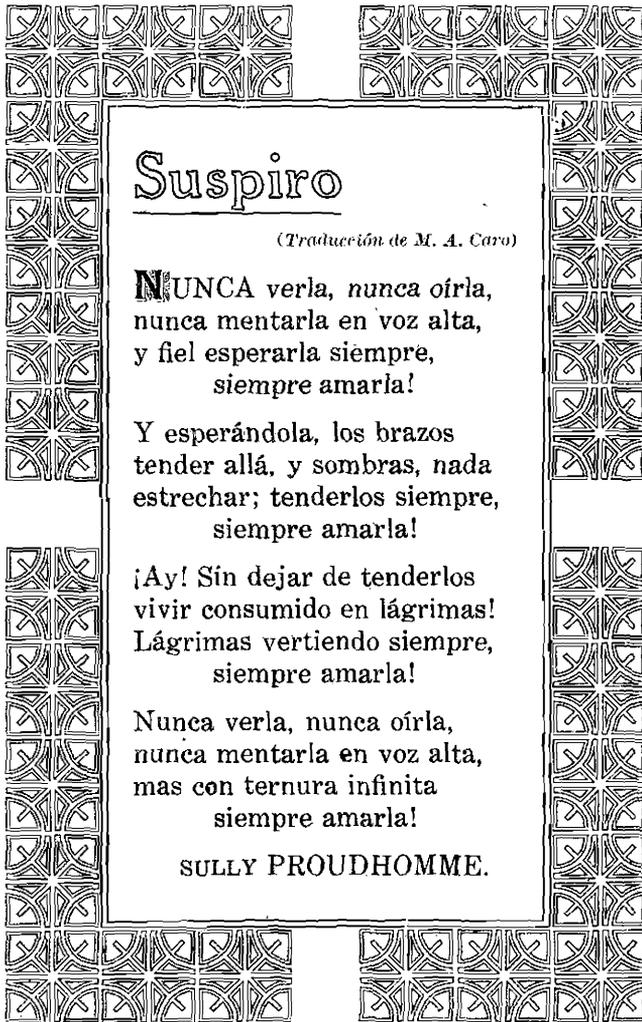
¡Si no fuese más que la nodriza que mece con un canto monótono, en la coraza de mi padre, a un recién nacido muerto!

¡Si no fuese más que el esqueleto lansquenete aprisionado en el maderamen, y que llama con la frente, el codo y la rodilla!

¡Si no fuese más que mi abuelo que descende, en pie, de su marco carcomido, y moja su guantelete en la pila de agua bendita!

¡Pero, es Scarbó que me muerde en el cuello, y que, para cauterizar mi herida sangrienta, hunde en ella su dedo de hierro, enrojecido en el horno!

ALOYSIUS BERTRAND.



Si toutes les filles du monde

(Traducción de E. D. C.)

SI todas las mozas del mundo la mano se quisieran dar, en torno del mar un corro podrían formar.

Si todos los mozos del mundo se hicieran marinos, podrían hacer con sus barcas un puente por cima del mar.

Y entonces en torno del mundo podría ser un corro formar, si toda la gente del mundo la mano se quisiera dar.

PAUL FORT.

Los cañones floridos

OS vi pasar un día con rumbo a la frontera
¡oh cañones de Francia, galanos y marciales!
Donceles pensativos mimában vuestra fiera
garganta, florecida por manos virginales.

Vosotros, los guardianes de paso perentorio,
férreos platicadores de cláusulas rugientes.
Íbais, como aldeanos que acuden al holgorio,
con la rosa o la dalia cogida entre los dientes.

¿Pues cómo tolerabáis aquel arnés de flores?
¿No era absurdo, felinos de rígidas espaldas,
que a tiempo que avanzaban los tóseos invasores
marchárais a su encuentro ceñidos de guirnaldas?

¡Oh no! Que en breves días, sus épicos racimos
os brindó la Victoria... Y entonces, ¡oh cañones!
todos, en un arranque de júbilo, os sentimos
disparar vuestras rosas en nuestros corazones!

JEAN RAMEAU.



Retrato de Edgardo Poe

TENIA la frente alta y dominadora, con ciertas protuberancias que revelaban las cualidades superabundantes que debían representar, y en ella predominaba, con una expresión de serena altivez, el sentido estético por excelencia. Sin embargo, a pesar de estos dones y aun a causa de tan exorbitantes privilegios, aquella cabeza, vista de perfil, no presentaba talvez un aspecto agradable, podría resultar un déficit de la abundancia, una pobreza de la usurpación. Los ojos, grandes y sombríos, estaban llenos de luz, aunque tenían un color vago y tenebroso; la nariz era bien formada; la boca, muy fina, entreabríase a veces por una triste sonrisa; tenía el color moreno claro y generalmente con la expresión algo distraída por efecto de una melancolía habitual.

CARLOS BAUDELAIRE.

La calandria

ESCALA, escala, escala,
alegra, alegre, alegre,
la inmensidad aun negra
que ya trasluce en su ala.

Altísima se absorbe
cantando cielo adentro,
y aquel canto es el centro
palpitante del orbe.

Canta, y de su alegría
nace el azul divino,
y en el cristal del trino
se va aclarando el día.

El cielo, sobre el mar,
es un jardín ligero,
donde inclina el lucero
su botón de azahar.

Y en idilio pueril,
tras un vago arrebol,
se encumbra el canto al sol,
sutil, sutil, sutil...

LEOPOLDO LUGONES.



Los pescadores de Loreley



MAÑANA clara. Brillan, a lo lejos,
las torrecillas de azúcar del *Sacré
Coeur*. En los puentes del Sena
hay viejos que arman el anzuelo y
arrojan el hilo al agua turbia. Des-
pués se adormecen. Son pescado-
res abstractos, pescadores sin tentación ni peligro,
pescadores sedentes, pescadores como cosa en sí:
nunca se les vió lograr una pieza. Son viejos con-
serjes jubilados que comprueban al filósofo, enga-
ñándose con la idea de trabajar para vivir. Nun-
ca se han propuesto la cuestión teológica de si la vi-
da, como la salvación, es gratuita.

Y mientras por los embarcaderos del Sena cabecean o charlan a solas (*como los arroyos y como los ciegos*), los peces bailan la zarabanda a mucha distancia, y la pensión del Estado les entra en casa, misericordiosa y natural, como el aire, como la luz.

¡Oh ángeles, ángeles! Han perdido la eficacia humana y, —tales las sombras del Averno a quienes Odiseo concedió beber una poca de sangre, vagamente remedan los motivos de la acción, los ademanes de los oficios: sin gasto y sin provecho a la vez; fuera del plano de la energía; en un espejismo con cebido por la misma dulzura de la mañana, bajo la campana cristalina del cielo.

ALFONSO REYES.

De profundis clamavi

(Versión de María Cruz)

DESDE la sima oscura do he caído
imploro tu piedad, mi único amor;
es un tétrico mundo desteñido
do nadan la blasfemia y el horror.

Allí reina seis meses noche oscura
y otros seis sol de helada palidez;
no tiene seres, agua ni verdura,
excede a la del polo su aridez.

No hay en la tierra horror ni desconsuelo
como esa cruel frialdad del sol de hielo
y esa noche caótica y hostil.

Porque en un sueño estúpido se sume
mientras el tiempo lento se consume
su suerte envidia al animal más vil.

CARLOS BAUDELAIRE.

El estilo



EL estilo es, en realidad, una ecuación que resulta de nuestro más recóndito temperamento personal y la índole del asunto tratado. De ambos factores, el temperamento es invariable, cuando se tiene personalidad; mientras el asunto, en cambio, varía. Ese cambio del asunto da la entonación seria o cómica, grandilocuente o familiar, lírica o trágica, de nuestra composición. Esto varía como la luz ambiente y la emoción interior sobre nuestra fisonomía invariable en su tipo esencial. *Eso* que permite reconocer nuestro rostro a través de la claridad y la sombra, de la risa y el llanto, de la juventud y la vejez, de la salud y la enfermedad, es lo equivalente de la fisonomía espiritual que llamamos *estilo*; lo otro es elemento variable en la obra de arte—luz ambiente o emoción interior de la criatura imaginaria—todo cuanto se traduce en el tema, en el *género* o en la intención. Si estableciésemos un paralelo entre el discurso oral y el discurso mental, yo diría que como la voz—ya baja, ya alta, ya triste, ya alegre—tiene un *timbre* individual que permite reconocer a su dueño en la obscuridad o a la distancia, así el pensamiento poético tiene también su timbre individual. El estilo es el timbre del discurso mental, y gracias a él reconocemos a nuestros autores. Por él se revelan los poetas verdaderos, cuando a través de la entonación variable, logran salvar en la palabra propia el eco auténtico de ese timbre interior.

RICARDO ROJAS.



Epitafio

(Traducción de María Cruz,
en Venecia, 1909).

CUANDO al fin de mi pecho consumido
el alma atormentada se evapora,
llorad, mujeres, que el Amor me llora,
pues no llora el ingrato que me ha herido.

Si hay corazón que otorgue condolido
lo que mi acento al apagarse implora,
sobre la tierra que mi mal devora
así grabe por qué tanto he sufrido:

«De mucho amar y ser muy poco amada
vivió infeliz y descendió a esta fosa
la amante mas amante y desdeñada,

Paz, viajera, deséale piadosa,
y enséñete quien fué tan maltratada
a huir de una alma cruel y veleidosa.»

GASPARA STAMPA.

De pastores



SENTADOS al abrigo de unas piedras
célticas doradas por líquenes mila-
narios, los pastores merendaban en
el monte. El sol se ponía y los bui-
tres que coronaban la cumbre ba-
tían en el aire sus alas, abiertas
sobre el fondo encendido del ocaso. La hora y el
paraje despertaban la cándida fantasía de algún
pastor que contaba en el corro milagros y prodigios,
historias de ermitaños, de tesoros ocultos, de prin-
cesas encantadas, de santas aspiraciones. Un viejo
que llevaba al monte tres cabras negras, sabía
tántas, que un día, de sol a sol, podía estar contán-
dolas. Tenía cerca de cien años, y muchas de sus
historias habían ocurrido siendo él zagal.

Contemplando sus tres cabras negras, el viejo suspiraba por aquel tiempo, cuando iba al monte con un largo rebaño que tenía la casa de sus abuelas. Un corró-infantil de pastores escuchaba siempre los relatos del viejo. Había sido en aquel buen tiempo no lejano, cuando se le apareciera una dama sentada al pie de un árbol, peinando los largos cabellos de oro. Oyendo al viejo, algunos pastores murmuraban con ingenuo asombro:

— ¡Sería una princesa encantada!

Y otros, que ya sabían aquella historia, contestaban:

— ¡Era la reina mora, que tiene prisionera un gigante alarbio!

El viejo asentía moviendo gravemente la cabeza, daba una voz a sus tres cabras para que no se alejasen, y proseguía:

— ¡Era la reina mora!

.. A su lado, sobre la hierba, tenía abierta un cofre de plata lleno de joyas que brillaban al sol... El camino iba muy desviado, y la dama, dejándose al peine de oro preso en los cabellos, me llamó con la mano blanca que parecía una paloma en el aire. Yo, como era rapaz dime a fujir, a fujir.....

Y los pastores interrumpían con candoroso murmullo:

— ¡Si a nos quisiera aparecerse!

El viejo respondía con su entonación lenta y religiosa:

— ¡Cuántos se acercan, cuántos perecen encantados!

Y aquellos pastores que habían oído muchas veces la misma historia, se la explicaban a los otros pastores que nunca la habían oído.

El uno decía:

— Vos no sabéis que para encantar a los caminantes, con su gran hermosura os atrae.

Y otro agregaba:

— ¡Con las riquezas de las joyas que les muestra los engaña!

Y otro, más tímidamente, advertía:

— Tengo oído que les pregunta cuál de entre todas sus joyas les place más, y aquellos, deslumbrados, viendo tantos broches y cintillos, y ajorcas y joyeles, pónense a elegir y a así quedan presos en el encanto.

El viejo dejaba que los murmullos se acallasen y proseguía con su ingenua invectiva, llena de misterio la voz:

- Para desencantar a la reina y casarse con ella, bastaría con decir: - «Entre tantas joyas, sólo a vos quiero, señora reina.» Muchos saben aquesto, pero cegados por la avaricia, se olvidan de decirlo y pónense a elegir entre las joyas.

El murmullo de los zagales volvía a levantarse como un deseo fabuloso y ardiente.

—¡Si a nos quisiese aparecerse!

El viejo los miraba compasivo.

—¡Desgraciado de vos! ¡El que ha de romper ese encanto, no ha nacido todavía!

RAMÓN DEL VALLE INCLÁN.



Lamento

(Versión de Balbino Dávila)

MI vida es cual estiva rosa
que se abre al cielo matinal,
y que al caer la tarde hermosa
rueda marchita del rosal;
pero en su humilde lecho frío,
vierte la noche su rocío
cual triste llanto de pesar. —
mas ¡ay! por mí no han de llorar.

Mi vida es cual hoja de otoño
que al rayo pálido lunar,
tiembla en el último retoño
presta a arrancarse y a volar;
pero antes que huya, la deplora
el árbol con la gemidora
queja que el viento al pasar da—
mas ¡quién por mí suspirará!

Mi vida es cual la débil huella
que en una playa deja el pie,
mientras la ola no se estrella
sobre la arena en que se ve;
pero ese mismo mar, que osa
borrar la huella misteriosa,
rugir parece de pesar, —
mas ¡ay! por mí no han de llorar.

RICHARD HENRY WILDE.

El verbo de la Noche

y el verbo del Sol

EA edad de oro amanecía y los griegos, divinos pastores, contemplaban aún las pálidas estrellas.

Era en el silencio de las majadas, sobre las colinas con olivos, entre los perros vigilantes. Sus almas se revelaron con la aurora. Aquellos cabreros tenían los ojos soberanos de las águilas, todas sus intuiciones las arrancaron a la celeste entraña del Sol. Los bosques de sagrados senderos, los arroyos claros, las grutas de donde vuelan en los ocasos los pájaros de largas alas, las sombras de los laureles, las playas lejanas y doradas con el mar azul, fueron los pobladores de sus almas. Con ojos maravillados bajo la luz, recibían todas las imágenes, que en ellas se cifraban las normas de conocimiento. El sentir de los griegos fué hijo del mar y del cielo, de los bosques con genios y de la lujuria de las formas. La varía emoción que iban devanando los ojos por los agrios caminos, dió agilidad a los cuerpos y a las mentes. No recibían el conocimiento del mundo como una herencia fría en la urna de las palabras; para aquellos pastores, las ideas significaban números y formas bajo el ritmo del Sol. Cuando se reposaban en las alturas mirando al fondo de los valles arados, verdes, intensos, experimentaban la emoción mística de la Suma. Lo que habían aprendido de una manera semoviente, era gozado en quietud. El conocimiento cronológico se hacía extático, y las almas se despojaban de la memoria, como de la tela del tiempo, para aprender por el divino camino del Sol. Aquellos hombres místicos, después de arar el pardo regazo de la llanura, de conocer sus senderos uno a uno, como largos relatos, se hacían centro y conciencia de división sobre las cumbres. Y cada noche estrellada, reunidos en torno de las hogueras, sintiendo el vaho de los rebaños, era el goce de recordar las imágenes del día y hacerlas revivir en el relato de los más ancianos.

Y fué un anciano cantor, para quien la noche parecía eterna, quien primero en la música de las palabras hizo arder la corona del Sol. El padre

Homero pudo llamar a sus versos con un nombre de flor: HELIO-TROPOS

Son las palabras espejos mágicos donde se evocan todas las imágenes del mundo. Matrices cristalinas, en ellas se aprisiona el recuerdo de lo que otros vieron y nosotros ya no podemos ver por nuestra limitación moral aún cuando todas las imágenes y todos los verbos sean eternidades en el seno de la luz, como explicaba el mago Apolonio de Traana. Para el iniciado que todas las cosas crea, y ninguna recibe en herencia, la luz es numen del verbo. Las palabras en su boca vuelven a nacer puras como en el amanecer del primer día y el poeta es un taumaturgo que transporta a los círculos musicales la creación luminosa del mundo; en los números pitagóricos aprisiona las ideas de Platón. Pero las imágenes, eternidades de luz, sólo dejan en la palabra la eternidad de su sombra, un rastro cronológico de aquello que los ojos contemplaron y aprendieron de una vez. El pensamiento humano es como el fruto agrado del Sol.

Los mitos helénicos nacen en las cristalinas cuevas de los montes, en el verdoso seno de las frondas, en la azul ribera del mar. Si el eremita ama su yermo, es porque su pensamiento se reposa fuera del mundo, y para mantenerlo en quietud huye las sollicitaciones de la naturaleza. Toda llanura es yermo espiritual. En la llanura sólo florecen los cardos del quietismo. El eriollo de las pampas debe a la vastedad de la llanura su alambalsamada de silencio, y si alguna emoción despierta en ella los ritmos paganos, es por la mirra que quema en el sol latino, la lengua de España. En la llanura las imágenes son tristes y menguadas, se suceden con medida monótona y tarda son las sombras arrastradas en los pasos de un lento caminar. Allí la emoción está en lo largo de los caminos, y en lo largo del tiempo para mudar la vista de las cosas. Aquel horizonte monótono y curvo ante el cual los ojos se aduermen, un día entero de jornada quiéta y aniquila las almas. ¡Es el desierto donde la fantasía muere de sed! Estas llanuras, cuando son recorridas por los pasos del hombre, parecen largas como una vida. En ellas los ojos, si no miran al cielo, jamás gozan un acto puro, la emoción de ser centros. ¡Ay! Faltan las suaves y azules montañas, que ofrecen desde sus cumbres la visión circular de los valles. Falta el conocimiento gozoso de la Suma.

Y son tan estériles para los ojos; que el sentimiento clásico sólo se nutre en el seno de las palabras, mágicos espejos evocadores de rostros y mundos lejanos.

¡Qué enormes, silenciosas y desnudas las pampas argentinas!

En aquellas soledades, las palabras, a pesar de su esencia cronológica y de representar toda las cosas en teoría, son más fecundas que las imágenes del paisaje, más llenas del secreto de la vida que buscaba en la forma sensible el divino Platón. Todo el conocimiento délfico de los ojos es allí convertido en ciencia de los oídos y en sutil aprender de topos. Se siente el paso de las sombras clásicas, pero ninguno puede verlas llegar. Aquellos criollos de las pampas, cuando hayan levantado su pirámides, habrán de sepultar en ellas sus tesoros y hacerse místicos. Sus almas cerradas a la cultura helénica, oirán entonces la voz profunda de la India Sagrada. ¡Águilas y topos son las bestias que simbolizan los modos del humano conocimiento! ¡Águilas de ojos soberanos y topos auditores!

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.



A Jean Lorrain

I

MORBIDO y pálido orfebre:
deja que en tu honor enhebre
rimas de luz y de fiebre.

Versos de perfume erótico
para evocar tu neurótico
estro nocturno y exótico.

II

Cantor del vicio errabundo,
de la tristeza del mundo
y del espasmo profundo:

en tu frase de metal
van tras un ángel ideal
los cien demonios del mal.

• Tu ritmo de fulgor lleno
es un diamante en el cieno:
oculta un sutil veneno.

III

Puro carmín de las rosas,
matiz de las mariposas,
luz de las piedras preciosas;

heridas de mil abrojos,
sueños fúnebres y rojos,
y tormentos de los ojos;

pupilas de verde-mar,
flores de vicio o pesar
que se marchitan de amar:

ojos de muerte y locura,
pétalos de sepultura,
de placer y de amargura;

azules, verdes, violetas,
llenos de angustias secretas,
imanes para los poetas;

manos frágiles y leves
como lirios de las nieves;
bocas rosadas y breves

de suavidades de flor,
bocas que sangran amor,
vasos de miel y dolor;

cuellos cándidos y puros
que despiertan inseguros
tristes deseos oscuros;

vagos y hórridos placeres,
insomnios de padeceres
y torturas de mujeres;

gritos de lóbrego espanto,
amargas lluvias de llanto,
crepúsculos de amaranto;

países de seda y marfil,
hombres de agudo perfil,
mujeres de carne vil:

todo lo que angustia, todo
que vibra en diverso modo
y que es ansia, lumbre y lodo;

todo abismo en que se sumen
las mil quimeras del numen
y que el Bien y el Mal resumen,

cruzan tus páginas rojas
en que los Vicios deshojas
en burlescas paradojas;

y en que gime el alma inerte
bajo el despotismo fuerte
de la Carne y de la Muerte!

FROYLÁN TURCIOS.



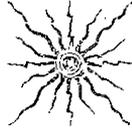
Pájaros de antaño

FRECUENTEMENTE suele volverse la vista atrás y a la par que se plañen los tiempos actuales, se añoran y ponderan los pasados. Antaño sí que había hombres—se dice— hoy ya no los hay, o si los hay, no son como aquellos que pasaron.

Escritores, artistas, literatos, filósofos, políticos, oradores, se nos aparecen los antiguos, al decir de estos añoradores del pasado, mucho más grandes, mucho más sabios, mucho más intrépidos, mucho más elocuentes que los actuales.... En la edad propecta, este sentimiento se agudiza y se hace más sistemático y profundo. ¿Por qué ese fenómeno? En su breve y bello libro, *La génesis de la idea de tiempo*, Guyau nos hace observar que los parajes que hemos habitado y contemplado cuando éramos niños, al pasar el tiempo, al volver a verlos después de muchos años, se nos antojan más pequeños, más vulgares, más feos de lo que nos parecían siendo muchachos. Una casa no será tan ancha y tan noble; ni una montaña tan ingente; ni una calle tan larga y populosa. ¿Qué ha sucedido aquí?

Ha sucedido que durante la larga ausencia el tiempo ha ido en nuestro espíritu magnificando, en grandeciendo, poetizando lenta y calladamente los pájaros de antaño

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ.



Up-From Slavery

(De mis lecturas).

Eduardo Marquina ha hecho una obra buena y cordial traduciendo para espíritus latinos de habla española, la serena, jugosa y confortante autobiografía de Booker T. Washington, el maestro negro de Tuskegee.

Es un libro sano y sustancioso, propio para reconstituir abulias inveteradas y atávicas y para alimentar anemias espirituales. Revela pujantemente cómo en el trozo de ébano, tirado bajo los montones de la tradición, puede labrarse también la estatua perfecta como en el más resplandeciente Paros. También el carbón rudo, sacado de las minas de la ergástula, puede animarse moldeado al soplo del pensamiento, como en el hermoso símbolo de Pigmalión. La estatua negra también canta melodiosamente, como la de Memnón, si la toca en la acción del milagro la luz radiante de la idea.

En ese libro sencillo y evangélico, como un versículo de los Libros Santos, el prejuicio vano del color se disuelve, como en una aurora, en el orto celeste del Ideal. *Saliendo de la esclavitud*, tal de una noche caliginosa y secular—es un espectáculo de maravilla contemplar cómo se desenvuelve, en continua espiral hacia la luz, ese selecto y noble espíritu, concreción de una raza signada eternamente por el beso fulmineo del sol, hulla viviente en la gestación misteriosa de ignoradas combinaciones geológicas, evolucionando ágil y suelto bajo la acción fecunda y portentosa de la Libertad.

Lección de energía imponderable y latente, en esas páginas resaltó, — como un relieve de Carlyle o mejor aún de Saint-Victor, — ese producto de la voluntad que en inglés se llama orgullosamente *self-man* y que por desgracia no podemos nombrar con nombre propio en español porque carecemos de la cosa y de su esencia. Hecho a *sí mismo*, forjado en el *propio* yunque, para hablar aproximadamente, el negro emancipado labró su vida a golpes de maza, desvaneciendo el prejuicio, levantándose sobre la tradición, haciendo escabel del mismo convencionalismo social, hasta ponderar como uno de los exponentes de la cultura contemporánea en la más pura y excelsa democracia del mundo, dentro del relativo concepto del espacio y del tiempo. Si ese solo resultado, — el apóstol negro de Tuskegee, — fué el que produjo la obra estupenda del sencillo labrador de Ohio, bien muerto estuvo Lincoln, en muerte cruel de Redentor, Cristo crucificado por la salvación y la libertad del negro esclavizado y envilecido.

Pero no es ese el solo ejemplo que mana, como de una fuente saludable, del libro austero y educador: es la quiebra fraudulenta de la pedagogía universitaria, incubadora de profesiones liberales y madre generatriz del parasitismo y el proletariado intelectuales: es la bancarrota del título apolillado y oficial, etiqueta de botica, amparador en veces de necias vacuidades mentales, frente al advenimiento de la escuela verdaderamente profesional, maestra de vida, que enseña al hombre a bastarse a sí mismo y a desarrollarse con toda amplitud para la propia satisfacción de las necesidades humanas. Es la derrota de la ciencia abstrusa y estéril de la cátedra autoritaria, en presencia de la ciencia industrial, de la ciencia humana, de la ciencia útil, aplicada a la vida para la perfección del ser y el bienestar de la humanidad.

Bien harán nuestras núbiles generaciones, enfermas de literatura morbosa, en templar sus nervios sobresaltados y nutrir sus inteligencias con la lectura de ese libro sano y bueno, verdadero pedestal de granito del apóstol negro de Tuskegee.

AUGUSTO C. COELLO.

Julio, 1916.

El río en la llanura

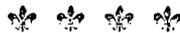
CORRE serenamente, con la dulce y tranquila
placidez con que sueñan los niños y refleja
en su cristal pulido, magnífica pupila,
el hondo azul del cielo, la nube que se aleja!

Ora canta y el eco de su voz cristalina
del cercano bosque entre el rumor se espuma.
Ora duerme y el rayo de luz que lo ilumina
matiza con su iris su alba veste de espuma.

Corre serenamente bajo la paz solemne
de la vasta campiña como si fuera una
vida sin turbaciones, seráfica e indemne!

Y viéndolo; me invade un afán doloroso
de ser como este río que no agita ninguna
violencia; transparente y manso y armonioso!

JERÓNIMO J. REINA.



El retrato

LO primero que me sorprende, en esa casa de
pobres, es un retrato de Víctor Hugo, pega-
do en la pared, entre la chimenea y el techo.

El grande hombre, al que amo por encima de to-
dos, cruza los brazos y contempla piadoso a aque-
lla familia de miserables. I tal vez los ayuda a vi-
vir. No han leído nada de él. ¿Era Víctor Hugo
más que un Obispo o que un Ministro? Lo ignoran.
Era alguien de quien se hablaba mucho en el *Petit
Journal* y que fué enterrado por cuenta del Gobierno.

Eso es lo que saben.

I apenas alzan la frente hacia la imagen, sien-
ten que los reconforta. Reemplaza al buen Dios
que nadie ve nunca, que hace mal en no mostrarse
más frecuentemente, y poco falta para que le recen.

Así, somos iguales en una misma fe.

Su culto me enternece, y con los ojos en el retra-
to, gritaría:

—*Sois unos grandes corazones.*

Y abrazaría a la mujer y a los pequeñuelos, si el
padre no dijera:

—*Lo he puesto allí para tapar el agujero del tubo
de la chimenea.*

JULES RENARD.